

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL CASTILLO
DE LOS
DUENDES

Fernando Olavarría Gabler

113



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL CASTILLO
DE LOS
DUENDES

Fernando Olavarría Gabler



Entre mis variadas entretenciones, estaban en los primeros lugares mi afición por el montañismo y la ciencia electrónica. Confieso que dominaba bastante dicha ciencia, hasta tal punto que no me era difícil construir robots destinados para múltiples funciones. En cuanto al montañismo, no llegaba a tanto mi habilidad, porque era friolento y de vez en cuando sufría de vértigo cuando escalaba precipicios verticales de más de trescientos metros de altura. Debido a estos lamentables inconvenientes, elegía para escalar algunos cerros no tan empinados y en lo posible en un ambiente tropical.

Recuerdo que, aprovechando los días de vacaciones, decidí escalar un cerro no muy alto, situado en plena selva, cuyo nombre era “El Castillo de los Duendes”. Por su cara norte unos precipicios verticales lo hacían imposible de trepar, no así en el lado sur cuya cumbre sobresalía a una relativa poca altura de un cerro como semiovoideo vecino a ella cuya superficie estaba cubierta por una tupida selva.

Es habitual que el aficionado al montañismo escale en compañía, en un equipo, pero mi personalidad poco sociable me inducía a escalar solo.

El helicóptero me dejó en un claro de la selva, al pie del cerro adyacente al Castillo de los Duendes y de inmediato inicié la ascensión. Machete en mano me abrí paso por la selva. La subida fue demorosa por no existir sendero, pero al final pude llegar hasta casi

la mitad de la altura del picacho. De ahí en adelante la selva desaparecía y la escalada era ahora en un terreno rocoso. Me di cuenta, a medida que ascendía, de que abundaba la piedra laja, ésta me hacía retroceder un paso cuando avanzaba dos. Los pedazos de laja se desprendían y caían haciendo gran ruido junto con la arena y tierra que se desmoronaba bajo mis pies. Lamenté mi imprudencia de no ir acompañado con otro escalador, si estuviéramos unidos con una cuerda y uno de nosotros resbalara, el otro podría sujetarlo. Pero no era así y haciendo un gran esfuerzo mental y físico seguí ascendiendo ya que faltaban poco metros para alcanzar la cima. En esos momentos un resbalón me hizo bajar varios metros, el pico de montaña no se clavó lo suficiente y se escapó de mis manos. Mientras oía el ruido metálico que producía, al rebotar en las piedras de más abajo, me invadió el pánico ya que comprendí que iba a afrontar la muerte en unos instantes más. Mi cuerpo con las manos crispadas en las piedras sueltas descendía lentamente. Entonces sentí que me tomaban de ambas muñecas, me lanzaban suspendido en el aire hacia arriba y sin darme cuenta de cómo, estaba en la cima del Castillo de los Duendes. Paralizado por el miedo y el cansancio me senté en la superficie rocosa y apoyando los codos en los muslos hundí la frente en mis manos y di gracias a Dios por el milagro que había ocurrido. Así estaba, cuando oí unas suaves risas y al alzar la cabeza me encontré rodeado de unos extraños personajes. Ellos me

EL CASTILLO DE LOS DUENDES

miraban y sonreían pero lo hacían con sólo un ojo y se reían con la mitad de sus bocas, porque una mitad de la cara era invisible al igual que las extremidades de ese lado del cuerpo. Vestían con un traje rojo y delgado que cubría también el cuello y la cabeza dejando la cara libre. En la coronilla, la vestimenta se prolongaba en forma de un gorro puntiagudo.

Quedé algunos segundos mudo de asombro. Luego de serenarme, les pregunté si ellos me habían sujetado de las muñecas y salvado mi vida. Como toda respuesta se rieron bondadosamente. Uno de ellos contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza.

Les agradecí emocionado y me atreví a preguntarles por qué veía la mitad de sus cuerpos ya que temía en esos momentos haber sufrido un daño físico en el cerebro o en mis ojos debido al resbalón. El que me había respondido volvió a hablar y me expresó que ellos eran así, la mitad visible y la mitad invisible pero cambiaban de apariencia y hacían que la mitad visible se hiciera invisible, y la mitad invisible, visible, como también podían hacerse invisibles completamente. Mientras el que explicaba me decía esas palabras, los otros -sonriendo- se transformaban al compás de las frases que estaba diciendo el compañero. Era asombroso observar este cambio, ya que daba la sensación de que fuera generada por el péndulo de un reloj.



EL CASTILLO DE LOS DUENDES

-¿Cómo se llaman?- pregunté. -¿Con quiénes he tenido el gusto de encontrarme?

-Somos los *sedneud* y vivimos en la que los terrestres denominan la materia oscura.

-¿En la materia oscura? Exclamé. ¿En esa materia que los astrofísicos no saben qué es, que está repartida en todo el Universo pero no se puede mostrar su existencia?

-Exacto, dijo uno de ellos- pero ustedes, los terrestres, están equivocados en el nombre que le designaron ya que la materia oscura es más brillante que todo lo imaginable. Allí vivimos y somos más numerosos que las hormigas o los granos de arena.

¿Es por eso que están aquí?

-Así es.

-¿Ustedes son los únicos habitantes de la materia oscura?

-No.

-¿Quiénes son los otros?

-Eso es un secreto.

-Te diré algo, para que tu cerebro terrestre pueda comprender una mínima proporción de la Gran Verdad. No te explicaré qué es la Gran Verdad pero te daré un ejemplo simple. Así como en la Tierra hay estaciones y las plantas envejecen en otoño, mueren o duermen en invierno, brotan en primavera y dan frutos en verano, así también es el firmamento, mueren estrellas y nacen otras. Todo evoluciona

cíclicamente. Recuerda que hay millones de estrellas como el Sol vuestro, que tienen planetas y en la mayoría de ellos existe la vida en las más variadas formas, y también evolucionan a través del tiempo. En la materia oscura tenemos diversidad de vida que evoluciona hacia lo que ustedes llaman perfección, pero esa evolución es infinita y no cíclica o renovable como en el concepto que te expliqué en un principio...

-Terrestre, ¿me estás escuchando?

-Sí, te escucho, pero estoy anonadado. Me cuesta seguirte.

-Bueno, lleguemos hasta aquí...

Hubo una pausa. Entonces se me ocurrió hacerle otra pregunta.

-¿Cómo se distinguen entre ustedes? Porque yo los veo todos iguales. ¿Tienen nombres propios? ¿Acaso se numeran?

-De ningún modo. Todos nos llamamos *sedneud*, no tenemos nombres propios ni degradantes números. La verdad es que todos poseemos una tonalidad de color diferente. Son cuatrillones de trillones de billones de ondas ópticas distintas que tus ojos no pueden distinguir, pero nosotros sí, y fácilmente.

-¡Asombroso! Exclamé. ¡Imposible de imaginarme una cosa tan sofisticada!

Uno de ellos comentó: No solamente la imaginación de ustedes, los terrestres, es bastante limitada, también lo es la

EL CASTILLO DE LOS DUENDES

estructura de sus órganos de los sentidos. Vuestra capacidad de razonar, la incapacidad de amar y valorar la belleza que los rodea es inquietante. Donde haya un terrestre va a haber destrucción de todo el medio ambiente que lo rodea porque lo van a modificar, no solamente para su bienestar personal o su subsistencia sino que sobrepasará esos límites para llegar a una destrucción masiva que irá aceleradamente a la extinción. Es tan grande vuestra limitación (tenemos el concepto de que vuestro planeta es uno de los más atrasados en la evolución de otros que conocemos) que a veces nos burlamos de ustedes con bromas infantiles. ¿Te ha sucedido alguna vez que ha desaparecido un objeto en tu hogar y no lo has podido encontrar hasta el día siguiente? ¿Y lo has hallado en un lugar en que era imposible no verlo al pasar por ahí! Pues, esos somos nosotros, que hemos hecho invisible dicho objeto. ¿Has tenido alguna vez la sensación de que algo o alguien está próximo a ti y sin embargo no oyes ni ves nada? Pero no te cansaré con más ejemplos, lo que nos interesa es que nos ayudes a solucionar un problema que tenemos. Nuestra reina está trastornada, debido a su prolongada edad y no cumple con sus obligaciones de monarca. Te explicaremos: Cuando paseaba por el planeta Tierra y en tu tiempo, le llamó la atención la gran cantidad de terrestres que portaban una cajita que colocaban en uno de sus oídos y hablaban con ella. Tanta curiosidad tuvo que ordenó que rescatáramos una de esas cajas y se la entregaran. En

mala hora le obedecimos porque cuando la tuvo en su poder no ha dejado de hablar sin parar y se ha desconectado de sus deberes. Nos ignora totalmente. Habla, habla y habla, y apenas come y menos duerme.

Hemos llegado a tu tiempo y averiguado también que eres experto en lo que ustedes llaman electrónica y ese es el motivo por el cual no hemos dejado que te precipites desde las alturas.

¿Deseas conocer algo más de nuestro mundo?

Te invitamos a visitarlo. No te arrepentirás, porque nuestro mundo, de oscuro y feo ¡no tiene nada!

Atardecía. Acepté gustoso la invitación y partí con ellos marchando en una larga fila hacia un gran agujero que había en la roca, cerca de la cima. Era la entrada de un túnel cuyas paredes de cuarzo daban un resplandor azul y luego rosado cuando llegamos al final de éste. El túnel desembocaba en el precipicio vertical de la pared norte del pico rocoso. Dos de los *sedneud* (que no eran otra cosa sino duendes) me tomaron nuevamente de las muñecas y me ordenaron que hiciera una respiración profunda sin eliminar el aire, porque en el trayecto que íbamos a recorrer no existía la atmósfera. “No te preocupes” - me dijo uno de ellos. Porque los años luz que vamos a viajar los haremos en fracciones de segundo. Una vez dicho esto, los que iban delante de mí saltaron al espacio y desaparecieron. Después les tocó a los que me llevaban sujeto por las muñecas y

EL CASTILLO DE LOS DUENDES

emprendí un viaje asombroso que jamás olvidaré en toda mi vida.

En un principio quedé ciego y me zumbaban los oídos pero esto duró unos segundos. Después me encontré en un negro firmamento cuajado de estrellas y en otros efímeros instantes pasé a otra etapa, a un calidoscopio cromático maravilloso, ¡gigantesco y sin límites! Con una inmensidad de colores diversos y de infinitas tonalidades. Miraba todo esto con la boca abierta y los ojos desmesuradamente grandes. Era tan grandioso lo que veía que me era imposible exhalar sonido alguno ni podía respirar.

Todo aquello duró muy poco, fue tan fugaz como la visión del recorrido de un aerolito en una noche estrellada. Luego me encontré en un lugar tan placentero que me es imposible describirlo. Sin embargo algo recuerdo de lo que vi y presencié. Había un extenso valle, tan extenso que se perdía en el horizonte. Me pareció que estaba cubierto de fino césped porque era de una tonalidad verde. Una multitud inconmensurable de diminutas flores de los más variados colores tapizaban esta superficie verde azulada y luminosa, sus tallos eran muy finos y largos y esto daba la sensación al que las observaba, que cada flor flotaba en el aire a varios centímetros sobre lo que yo interpreté como césped. Corría una leve brisa que hacía bailar a las florcillas dando la sensación de millares de insectos de múltiples formas y colores que volaban alegremente. Desde todas partes llegaban armónicas ondas sonoras similares a las de algunos

instrumentos musicales, pero no era música lo que se escuchaba sino algo muy superior que me llenaba el espíritu de gran gozo. Era tan grande mi felicidad que me puse a cantar y reír y los duendes que estaban cercanos a mí sonrieron complacientes.

Sin necesidad de caminar por el valle (porque el valle se deslizaba bajo mis pies, que estaban elevados a cierta altura) apareció ante mí un grandioso palacio que resplandecía con una luminosidad difusa emergiendo de sus paredes. No puedo explicar cómo entré al palacio (no recuerdo haber atravesado puerta alguna) pero me encontré en una inmensa sala en cuyo centro había una mujer tendida en el piso de baldosas transparentes y luminosas. Ella no se percató de nuestra presencia a pesar de los ceremoniosos saludos de los que me acompañaban. Tuve la impresión de estar frente a una mujer que estaba desconectada de los seres que la rodeaban. Era una hermosa anciana. En un momento me vio sin mirarme ya que permanecía concentrada en lo que oía. Su hermoso vestido azul, hecho con una tela finísima, estaba acorde con sus joyas de una poderosa monarca y el suave aroma que la rodeaba me hizo recordar un fino perfume parisién. Era placentero aspirar ese aroma y observar su hermoso rostro.

Los que me acompañaban le expresaron que yo era un experto en electrónica (¿cómo sabían?) y que podía arreglar su teléfono celular si ella lo consentía. Me miró fijamente y luego lanzando el artefacto a mis pies dijo con brusquedad: ¡Arréglalo!

EL CASTILLO DE LOS DUENDES

Recogí el teléfono celular y lo examiné con detención. Era un modelo anticuado y su batería estaba agotada. Le expliqué a los *sedneud* que me era imposible repararlo por no tener cargador de batería en ese momento ni fuerza eléctrica para conectar el cargador. Les dije también que el aparato estaba pasado de moda y que en el velador de mi dormitorio tenía un “i-phone” que podría servir de reemplazo. Al terminar estas palabras apareció mi i.phone en la palma de la mano de uno de los *sedneud* que sonreía graciosamente.

¿Cómo llegó hasta aquí? - pregunté - ¡y con tan asombrosa rapidez!

-No es nada de difícil- me respondió el *sedneud* - Nuestros pensamientos y por ende nuestras actuaciones son más rápidas que la luz, es por esa razón que ustedes no se dan cuenta de cuando le escondemos las cosas. Además, recuerda que tenemos la capacidad de hacernos invisibles. Quizás habrás observado que cuando te hablamos, más bien, cuando nos comunicamos contigo, no movemos los labios porque nuestros pensamientos van directamente a tu cerebro el cual los recibe en forma de lenguaje hablado.

-Comprendo. -Pero ¿en qué forma reciben mis palabras?

-Las recibimos por los oídos, naturalmente.

Me di por enterado y le manifesté que mi i-phone estaba en perfectas condiciones. Se lo obsequiaría a la reina. Cuando se

agotara la batería, podrían recurrir al cargador que tenía en mi hogar. Aceptaron el regalo y decidieron llevarme a la Tierra porque ya no me necesitaban. Me solicitaron que cerrara los ojos, sólo una pestañada. Cuando los abrí me encontré en el monte vecino al Castillo de los Duendes. No podía creer lo que me había sucedido. Todo parecía un sueño. Agarré mi machete y bajé por la senda que había hecho en la selva. Mientras descendía me vinieron varios pensamientos. Uno de ellos era la obstinación de la reina de los duendes en jugar con un teléfono celular que, además de ser anticuado, no guardaba relación con el evolucionado modo de vivir de ellos. La explicación que me satisfizo en parte de esa actitud incomprensible de la monarca fue, que, teniéndolo todo, se encontró con un objeto pretérito que le llamó la atención sin saber para qué servía. Podría haber sido algo similar si yo examinara una correa que utilizaba mi bisabuelo para afilar la navaja con la cual se afeitaba, o si tuviese frente a mí el balde de madera con trozos de hielo y la manivela que hacía girar mi abuela para fabricar helados en su casa o si tratara de comprender la función de los agujeros o perforaciones de un rollo de autopiano. Otro pensamiento era, lo que iba a suceder cuando se agotara la batería del i-phone. ¿Vendrían a buscarme nuevamente?

Recordé el comentario de uno de los duendes referente a la falta de aprecio que tenemos los humanos con la naturaleza que nos rodea. No solamente la ignoramos sino que la destruimos con una

EL CASTILLO DE LOS DUENDES

irresponsabilidad exagerada, y yo, incluyéndome como humano, compartía esa insensatez mientras avanzaba por la selva cortando las plantas con el machete, entonces tuve la intención de no cercenar más las ramas que se interponían a mi paso si no había estricta necesidad de ello.

Me propuse firmemente contemplar diariamente los atardeceres sin fotografiarlos ni filmarlos. También decidí que mi esposa no cortara flores para colocarlas en floreros que servían de adorno en nuestro hogar. Y así, muchas otras cosas.

Medité en el asombroso adelanto evolutivo que poseían estos duendes. Cómo se comunicaban entre ellos y la rapidez maravillosa, increíble, de trasladarse de un lugar a otro infinitamente distante en relación a nuestra limitada capacidad de viajar.

No me referiré al rutinario viaje en avión desde la selva tropical hasta mi hogar, pero sí, comentaré, para terminar este relato, que una semana después de mi llegada a casa, no pude encontrar el cargador de la batería de mi i-phone. Estaba convencido de que lo había dejado en un cajón del closet pero no estaba allí ni en ninguna parte.

Una mañana, cuando contemplaba el lindo jardín que mi esposa mantenía como uno de sus “hobbys”, al aproximarme a un grupo de blancas hortensias percibí un delicioso aroma similar al perfume parisién. En esos instantes, mientras disfrutaba

placenteramente de tan deliciosa fragancia recibí sorpresivamente un beso en la mejilla. ¿Sería un beso de la reina en agradecimiento por la desaparición de mi i-phone ?

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegro Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airolga
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templ Curativo de Yi Sheng
- 122 El Soldado ruso
- 123 El Taco
- 124 El Vendedor Ambulante



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.